

Seix Barral
Barral: gulo.



Seix Barral



hos 4
en el ombi



El mago del
Inigo. (perros)
(Seltzo)
al
resp...
R. L...
ro.)



Leopoldo Marechal

Adán Buenosayres

caida - putrefacción - la tierra.



Juan Sin
Rojos.

Terrano abrupto

SANTOS
VEGA



El cañique
Paleocueva
(Hollo como
los de Massilla)



La tumba escibela

arroyo

Prochero arroso

Itinerarium.



Espirito
de la tierra

Huello entre
molinos.

calle de portiso



Seix Barral Biblioteca breve

Leopoldo Marechal
Adán Buenosayres

I

*El pañuelito blanco
que te ofrecí
bordado con mi pelo...*

TEMPLADA Y RIENTE (como lo son las del otoño en la muy graciosa ciudad de Buenos Aires) resplandecía la mañana de aquel veintiocho de abril: las diez acababan de sonar en los relojes, y a esa hora, despierta y gesticulante bajo el sol mañanero, la Gran Capital del Sur era una mazorca de hombres que se disputaban a gritos la posesión del día y de la tierra. Lector agreste, si te adornara la virtud del pájaro y si desde tus alturas hubieses tendido una mirada gorrionesca sobre la ciudad, bien sé yo que tu pecho se habría dilatado según la mecánica del orgullo, ante la visión que a tus ojos de porteño leal se hubiera ofrecido en aquel instante. Buques negros y sonoros, anclando en el puerto de Santa María de los Buenos Aires, arrojaban a sus muelles la cosecha industrial de los dos hemisferios, el color y sonidos de las cuatro razas, el yodo y la sal de los siete mares; al mismo tiempo, atorados con la fauna, la flora y la gea de nuestro territorio, buques altos y solemnes partían hacia las ocho direcciones del agua entre un áspero adiós de sirenas navales. Si desde allí hubieses remontado el curso del Riachuelo hasta la planta de los frigoríficos, te habría sido posible admirar los Bretes desbordantes de novillos y vaquillonas que se apretaban y mugían al sol esperando el mazazo entre las dos astas y el hábil cuchillo de los matarifes listos ya para ofrecer una hecatombe a la

voracidad del mundo. Trenes orquestales entraban en la ciudad, o salían rumbo a las florestas del norte, a los viñedos del oeste, a las geográficas del centro y a las pastorales del sur. Desde Avellaneda la fabril hasta Belgrano ceñíase a la metrópoli un cinturón de chimeneas humeantes que garabateaban en el cielo varonil del suburbio corajudas sentencias de Rivadavia o de Sarmiento. Rumores de pesas y medidas, tintineos de cajas registradoras, voces y ademanes encontrados como armas, talones fugitivos parecían batir el pulso de la ciudad tonante: aquí los banqueros de la calle Reconquista manejaban la rueda loca de la Fortuna; más allá ingenieros graves como la Geometría meditaban los nuevos puentes y caminos del mundo. Buenos Aires en marcha reía: Industria y Comercio la llevaban de la mano.

Pero refrena tu lirismo, encabritado lector, y descolgándote de la región excelsa en que te puso mi estilográfica desciende conmigo al barrio de Villa Crespo, frente al número 303 de la calle Monte Egmont: allá, barriendo a grandes trazos la vereda, Irma gritaba los versos iniciales de “El Pañuelito”. Calló de pronto y se afirmó en su escoba, desgreñada y caliente, bruja de dieciocho años: sus oídos atentos captaron en un solo acorde la canción de los albañiles italianos, el martilleo del garaje “La Joven Cataluña”, el cacarear de las gordas mujeres que discutían con el verdulero Alí, la oferta grandilocuente de los judíos vendedores de frazadas y el clamor de los chiquilines que se hacían polvo detrás de una pelota de trapo. Entonces, confirmada ya en su exaltación mañanera, Irma volvió a cantar:

*Fue para ti,
lo has olvidado
y en llanto empapado
lo tengo ante mí.*

Adán Buenosayres despertó como si regresara: la canción de Irma, pescándolo en las honduras de su sueño, lo izó un instante a través de rotas escenas y fantasmas que se desvanecían; pero se cortó el hilo de música, y Adán bajó de nuevo a grandes profundidades, entregado a la disolución de tan sabrosa muerte. ¡Númenes de Villa Crespo, duros y alegres conciudadanos; viejas arpías gesticulantes como gárgolas, porque sí o porque no; malevos gruñidores de tangos o silbadores de rancheras; demonios infantiles, embanderados con los colores de River Plate o de Boca Juniors; carreros belicosos que se agitaban en lo alto de sus pescantes y se revolvían en sus cojinillos, para canturrear al norte, maldecir al sur, piropear al este y amenazar al oeste! ¡Y sobre todo vosotras, muchachas de mi barrio, dúo de taconeos y risas,

musas del arrabal con la tos o sin la tos de Carriego el poeta! Bien sé yo que si trepando la escalera del número 303 se hubiesen asomado todos ellos a la habitación de Adán Buenosayres, la presencia del héroe dormido les habría inspirado un generoso silencio, máxime si hubieran sabido que Adán, vuelto de espaldas al nuevo día, desertor de la ciudad violenta, prófugo de la luz, al dormir se olvidaba de sí mismo y olvidándose curaba sus lastimaduras; porque nuestro personaje ya está herido de muerte, y su agonía es la hebra sutil que irá hilvanando los episodios de mi novela. Desgraciadamente, la calle Monte Egmont lo ignoraba todo; e Irma, que a trueque de cantar hubiera despertado al mismo Ulises, atacó briosamente la segunda copla:

*Triste cantaba un ave,
mi dulce bien,
cuando me abandonaste...*

Revolviendo su cabeza en las almohadas Adán Buenosayres trazó con ella un vasto movimiento de negación. Contra su voluntad salía otra vez a la superficie, desarraigándose del universo fantasmagórico que lo rodeaba y ceñía. Caras de humo, voces insonoras, ademanes grises desaparecían abajo: un rostro, el de abuelo Sebastián, se obstinaba en gritarle algo todavía; pero se deshizo como los otros, allá, en regiones de estupor y en deliciosas honduras. Y al tocar el fondo cierto de este mundo Adán se dijo:

—¡Lástima!

Entreabrió los ojos, y a través de sus pestañas le llegó algo menos espeso que la tiniebla, una claridad en pañales, cierto amago de luz que se filtraba por la densa cortina. Entonces, ante los ojos de Adán y en el caos borroso que llenaba su habitación, se juntaron o repelieron los colores, atrajéronse las líneas o se rechazaron: cada objeto buscó su cifra y se constituyó a sí mismo tras una guerra silenciosa y rápida. Como en su primer día el mundo brotaba del amor y del odio (¡salud, viejo Empédocles!), y el mundo era una rosa, una granada, una pipa, un libro. Puesto entre la solicitud del sueño que aun gravitaba sobre su carne y el reclamo del mundo que ya le balbucía sus primeros nombres, Adán consideró sin benevolencia las tres granadas en su plato de arcilla, la rosa trasnochada en su copa de vidrio y la media docena de pipas yacentes que descansaban en su mesa de trabajo: “¡Soy la granada!”, “¡soy la pipa!”, “¡soy la rosa!”, parecieron gritarle con el orgullo declamatorio de sus diferenciaciones. Y en eso estaba su culpa (¡salud, viejo Anaximandro!): en haber salido de la indiferenciación primera, en haber desertado la gozosa Unidad.

Un sabor amargo en la lengua del cuerpo y en la del alma eso era lo que sentía él al considerar la parodia de génesis que se desarrollaba en su habitación. Entonces, con el ánimo de un dios en vena de cataclismos, Adán cerró de nuevo los ojos y el universo de su cuarto volvió a la nada. “¡Que se jorobe!”, refunfuñó, imaginando afuera la disolución de la rosa, el aniquilamiento de la granada y el estallido atómico de la pipa. Quizás, y al solo cerrarse de sus ojos, también la ciudad se habría disipado afuera, y se habrían desvanecido las montañas, evaporado los océanos y desprendido los astros como los higos de una higuera sacudida por su fruticultor... “¡Diablo!”, se dijo Adán. Pero al abrir sus ojos alarmados el mundo se reconstruyó ante su visita con la minuciosa exactitud de un rompecabezas. ¡Ciertamente, no debería insistir en sus lecturas del Apocalipsis, a medianoche! Aquellas terribles imágenes de la destrucción prolongaban un insomnio, interferían en sus sueños y al despertar le dejaban un regusto de oscuras premoniciones. Ahora más que nunca necesitaba posar un ojo inteligente sobre las cosas que venían sucediendo en su alma desde que los tambores de la noche penitencial habían redoblado para él; y no era el caso de entregarse a un pavor infantil de génesis y catástrofes. Lo cierto era, por ejemplo, que al cerrar sus ojos (y Adán lo hizo nuevamente) la rosa no se anonadaba en modo alguno: por el contrario, la flor seguía viviendo en su mente que ahora la pensaba, y vivía una existencia durable, libre de la corrupción que se insinuaba ya en la rosa de afuera; porque la flor pensada no era tal o cual rosa, sino todas las rosas que habían sido, eran y podían ser en este mundo: la flor ceñida a su número abstracto, la rosa emancipada del otoño y la muerte; de modo tal que si él, Adán Buenosayres, fuera eterno, también la flor lo sería en su mente, aunque todas las rosas exteriores acabasen de pronto y no volvieran a florecer. “¡Rosa bienaventurada!”, se dijo Adán. ¡Vivir en otro eternamente, como la rosa, y por la eternidad del Otro!

Adán Buenosayres abrió definitivamente los ojos, y al ver que los objetos le mostraban su cifra irrevocable, saludó al fin, descorazonado: “¡Buenos días, Tierra!”. No deseaba romper aún la inmovilidad de su cuerpo yacente: hubiera sido una concesión al nuevo día que lo reclamaba y al que se resistía él con todo el peso de una voluntad muerta. Pero desde la calle Monte Egmont el nuevo día volvió a recordarle su imperio: “¡Gol, gol!”, aullaron diez voces infantiles en son de victoria; “¡Penal, penal!”, objetaron otras diez voces rugientes. En seguida se oyó el choque de una batalla relámpago, luego la discusión de una paz concertada entre insultos y risas, por fin la carrera de los chiquilines que reanudaban el juego. Después, cuando el diapason de la trifulca

hubo descendido hasta el nivel sonoro de la calle, Adán reconoció la voz amarga de doña Francisca, su patrona, que hostilizando al verdulero Alí cacareaba reproches, gruñía ofertas y eructaba desdenes. “Noventa y dos quilos de grasa beligerante”, pensó Adán, evocando las tetas montañosas de su huésped; luego imaginó la extática figura de Alí que junto a su carrito la estaría escuchando sin oírlo, tal vez absorto en un recuerdo de pacientes mercados orientales. Y al decirse que aquella escena era la misma de ayer y exactamente la de mañana, sintió el frío de una realidad sin vuelo que se daba todos los días, inevitable y monótona como el grito de un reloj. Se revolvió entonces en la cama, y tristísimos elásticos gimieron en sus honduras. “El día es como un pájaro amaestrado, reflexionó Adán, viene cada doce horas al mundo, por el mismo rincón del globo, y nos encaja su eterna cancioncita; o más bien un maestro pedante, con su bonete de sol y su abecedario de cosas largamente sabidas: *esto es la rosa, esto es la granada.*” Se sobresaltó de pronto, al recordar que también él era un maestro infantil y que treinta y dos pares de ojos desvaídos lo mirarían luego desde sus pupitres. “¿Iré a la escuela?”, se preguntó en su alma. Y evocando el edificio húmedo, la cara saturnina del director y las decadentes figuras de los pedagogos, Adán resolvió en su alma: “¡No iré a la escuela!”. *Esto es la rosa*, meditó luego. ¡No! ¡La rosa era Solveig Amundsen, pese a lo que afirmara el día! Y recordando ahora el episodio final de Saavedra sintió algo que no era ya, como lo había sido aquella tarde, ni el gusto acerbo de una humillación ni el vacío de una desesperanza, sino tal vez la melancolía de un acariciado imposible. Se hallaba él en la casona de Saavedra y en el jardín de Solveig Amundsen ya vestido de marzo: Lucio Negri (¡el medicucho!), de pie ante las jovencitas absortas, les hacía un caluroso llamado a “la higiene mental”, deseable sobre todo en aquella casa que no sin razón venía llamándose “el manicomio de los Amundsen”; cierto era que Lucio Negri había usufructuado la ausencia imprevista del astrólogo Schultze, de Franky Amundsen, de Samuel Tesler y del petiso Bernini, los cuatro haces de la tertulia; y claro está que Lucio lo había hecho adrede, porque Solveig estaba entre las muchachitas y porque Adán estaba junto a Solveig con su figura de poeta sin destino visible. Y ante la réplica de Adán, el medicucho le había enrostrado aquellos versos:

*El amor más alegre
que un entierro de niños.*

Y las chicuelas se habían reído de su metáfora: después clavaron en Adán unos ojos entre azorados e incrédulos; y en seguida volvie-

ron a reír en coro, ¡sus buches de paloma, henchidos de risa! Pero Solveig Amundsen no debió reírse con las otras muchachas, ni lo habría hecho, tal vez, si hubiera sabido que con su risa iniciaba el desmoronamiento de una construcción poética y la ruina de una Solveig ideal. “Tendré que llevarle mi Cuaderno de Tapas Azules”, se dijo Adán sin forjarse muchas ilusiones. En cuanto a Lucio Negri, ¿entendería por qué razón es alegre un entierro de niños? Adán evocó el rancho nocturno (¡allá, en la loma de Maipú y en algún día de su infancia!) y al niño muerto, sentado en su sillita, entre velas humeantes a cuya luz brillaban las lentejuelas de su túnica y el dorado papel de las alitas que su madre le había cosido a los hombros. ¡La parodia de un ángel, sí! Pero los ojos del ángel no miraban ya: dos tapones de algodón contenían en sus narices la primera disolución de la carne, y moscas verdes caminaban por sus mejillas de talco. No obstante, afuera reían las guitarras y los acordeones, circulaba el mate dulce o la ginebra, trastabillaban pesados bailarines, y parejas furtivas (¡Adán lo entendió luego!) se extraviaban en el cardal anochecido, tal vez con la voluntad oscura de prolongar al calor de sus sangres la penuria y el ansia de las generaciones.

*Angelito que te vas
con una gota de vino,*

así cantaba el guitarrero borracho. Y como Adán, en su puericia, exigiera la razón de aquel júbilo, alguien le había contestado que el niño de la silla no estaba muerto, sino que ahora vivía en Dios una existencia bienaventurada.

*Angelito que te vas
con una flor en la mano...*

Por eso debía ser alegre el entierro de un niño: era irse a vivir en otro eternamente, por la virtud eterna del Otro. Y Solveig Amundsen lo ignoraba, sin duda; pero aquella tarde no debió reírse de Adán, porque también ella, sin saberlo, vivía en él una existencia emancipada de las cuatro estaciones. “Le llevaré mi Cuaderno de Tapas Azules”, resolvió Adán en su ánimo.

Se despezó lentamente, y los elásticos volvieron a gemir su *de profundis*. En la calle Monte Egmont arreciaba el escándalo de varones y hembras que, como Lucio Negri, sólo entendían el sentido literal de las cosas y se daban enteros a la ilusión de una realidad tan cambiante como sus horas y tan efímera como sus gritos, moscardo-

nes ebrios ya con el néctar de aquel día, mugrientos de sudor y de polen, zumbantes y golosos bajo un sol que también se pondría como ellos. “¡Bah!, pensó Adán malhumorado, Lucio Negri no ha de impedir que alguna vez el día pierda su gastado alfabeto ni que el mundo se tambalee como don Aquiles, el maestro ciruela de Maipú, cuando buscaba sus perdidos anteojos en las carteras de los alumnos; ni que, ¡ay!, la luna sea hecha como de sangre, ni que sea retirado el cielo como un libro que se arrolla.” Las tremendas palabras del Apocalipsis venían resonando en sus oídos desde la noche anterior: *Sicut liber involutus*. Adán recordaba que, abandonando la lectura en aquella imagen, había contenido su respiración y escuchado el ominoso y duro silencio de la noche; y allá, en el corazón del silencio, le había parecido sorprender un ¡cric! de grandes resortes que se aflojaban, un crujido de formas que se anonadarían al instante, una sublevación de átomos que se rechazaban ya. Entonces, y bajo el peso de aquel terror, Adán había caído de rodillas; y sintió que por vez primera su torpe oración ganaba las alturas que se le habían negado tantas veces; y se había dicho que aquel sagrado temor era sin duda el prelude de la ciencia viviente por la cual venía suspirando su alma tras el hastío de las letras muertas. Un temor sagrado. Pero, ¡cuán fácilmente se disipaba ya entre los ruidos y colores del nuevo día!

Incorporándose a medias Adán Buenosayres alargó su mano hasta el revoltijo de pipas que lo llamaba desde la mesa: eligió a Eleonore, la del tubo de guindo y el horno de porcelana; espaciosamente la llenó de aquel tabaco salteño que sería su alma de un minuto; y encendiéndola con arte aspiró el alma de Eleonore, la expiró luego y vio cómo se retorció en el aire, dragón de humo. Recobró en seguida la dulce horizontal del sueño y de la muerte, y paladeó entonces la delicia de fumar en su cubo cerrado y en aquella penumbra donde se descarnaban las formas hasta parecerse a números. Desde hacía tiempo dos maneras de angustia se alternaban en sus despertares: o bien sentía la impresión indecible de abrir los ojos en un mundo extraño cuyas formas, hasta la de su cuerpo, le resultaban tan absurdas que lo sumían de pronto en un pavor de antiguas metamorfosis; o bien daba en este mundo como en un bazar de objetos manoseados hasta la desesperación. Y hubo cierta edad en que los días comenzaban en una copla de su madre:

*Cuatro palomas blancas,
cuatro celestes,
cuatro coloraditas
me dan la muerte.*

¡Era un rasgarse de claros ojos infantiles (los suyos), un desalado ajuste de vestidos y un correr hacia la mañana que afuera se abría ya como un libro de imágenes arrobadoras! Después, leyéndoles a los alumnos el primer balbuceo de sus éxtasis, don Aquiles había sentenciado: “Adán Buenosayres será un poeta”; y las miradas atónitas de los chicos se clavaron en Adán que palidecía, desnudo ya en su esencia y revelado en la forma exacta de sus desvelos por aquel dómine de Maipú que también creía en la inmutable regularidad del cosmos y que todas las mañanas, reloj en mano, vigilaba la salida del sol para castigarlo si no lo hacía según la hora del almanaque. Don Aquiles rengueaba metódicamente, y al ritmo de su cojera los alumnos canturreaban, atorados de risa:

*Cucú, cucú,
cantaba la rana;
cucú, cucú,
debajo del agua.*

De pronto el viejo se detiene junto al pupitre de Adán, y lo mira: ¡como lo ha mirado ahora, en el recuerdo, a través de antiparras azules, con su ojo de pulpo escondido entre aguas marinas!

Adán Buenosayres acarició *in mente* aquellas figuras de su niñez: ni las viejas imágenes ni los conflictos nuevos arraigaban en aquel trabajado comienzo de su día, sobre todo ahora que la pipa Eleonore, fumada en ayunas, lo embarcaba en la sutil, en la nobilísima, en la poética embriaguez del tabaco. “¡Gloria al Gran Manítú, recitó en su alma, porque ha dado a los hombres la delicia del Oppavoc!” Más aun, al influjo de la hoja sagrada su yerta voluntad parecía reanimarse: consideró nuevamente los objetos de su cuarto, y esta vez la granada y la rosa le merecieron un interés que llegaba casi hasta el elogio (*splendor formæ!*); luego volvió sus oídos al fragor de la calle, pero inclinado ahora no sabía él a qué suerte de benevolencia. Y en este punto su atención fue solicitada por algo tremendo que ahora se debatía en el interior de la casa. ¡Irma! Era Irma que, desertando la calle Monte Egmont, trepaba la escalera entre un escándalo de baldes y un meneo de escobas: Adán la oyó silbarle al canario marchito, alabar al gato prudente, reírse del cepillo calvo, maldecir al plumero rabón; luego reconoció el vaivén de sus chancletas en el escritorio, y por fin el agrio lamento de los muebles que Irma castigaba sin piedad. ¡Ciertamente, Irma era un grito desnudo toda ella! Pero un grito de dieciocho años... Y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos ma-

ñanas juntas, o tal vez la besó: estaban en primavera, y el fuerte olor de los paraísos quizá les había encabritado la sangre, a ella que estiraba las cobijas de su cama, encorvándose toda como un arco vivo, y a él que había olvidado su lectura para mirar lo que deseaba ella que viese sin que dejara él de imaginar que no quería ella, ni sospechase que ella quería que no sospechara él que ella quería que viese, ¡oh, Eva! Y Adán siguió la línea de sus brazos desnudos que al tenderse mostraban dos vellones de negrura, o vio el arranque de sus muslos verdimoreños como la piel de las manzanas; y de pronto había sentido que una bruma espesa, levantándose de su ser, le borraba memoria y entendimiento, hasta dejarle sólo una voluntad de agresión que lo empujaba temblando hacia Irma. Y como los ojos de Adán preguntaran “¿sí?”, ella respondió “sí” con los ojos. Después era como extraviar este mundo (olvidarlo y olvidarse), para volverlo a encontrar en seguida (recordarlo y recordarse), pero un mundo ya sin lustre y sucio de groseras melancolías, como si el alma hubiese perdido en su naufragio la visión de la gracia inteligible que ilumina las cosas. Por último se habían alejado uno del otro, sin mirarse ni hablarse: Adán la oyó reír en la escalera y chacharear después abajo, como si nada hubiese ocurrido; y él se quedó allí saboreando su vergüenza, su remordimiento inútil, su ira contra sí mismo por haberse dejado enredar otra vez en el famoso truco de la Natura (¡salud, viejo Schopenhauer!). ¡Claro! La Natura especulaba con el deshonor del pobre monstruo que, destinado en su origen a la beatitud paradisíaca, se había venido escandalosamente al suelo y se chamuscaba, como los insectos nocturnos, en cualquier vislumbre o simulacro de su felicidad primera. ¡Lo cuerdo habría sido negarse a los llamados exteriores, como Rosa de Lima! Suspenso y aterrado, Adán había leído la historia de su batalla con el mundo y aquel proceso de autodestrucción que la rosa limeña iba imponiendo a su envoltura mortal. Y en una medianoche, cerrando el triste libro y acudiendo a los nunca ociosos telares de su imaginación, Adán había evocado la imagen de Rosa en su cámara de tortura: suspensa del madero que había erigido en su habitación y en el que se crucificaba ella para imitar a su dolorido Amante; sintiendo en sus tendones rotos y en sus huesos desencajados la pesadez de una carne que, con ser tan poca ya, no había logrado vencer aún las leyes de su miseria; rendida la cabeza entre cuyo pelo, ¡tan hermoso antes!, la corona de puntas metálicas hacía correr una sangre nueva sobre los viejos coágulos; puesta su mirada en la yacija de cascotes y vidrios rotos que ya le aguardaba y que había deseado ella para sus juegos nupciales; así velaba Rosa en la profunda noche de América, y hasta su desvelo llegaban quizá las pulsaciones de la casona dormida: el tra-

bajoso aliento de su padre, o el refunfuño de aquella madre que hasta en sueños le reprochaba su locura celeste, o el bullir de sus hermanitas que soñaban acaso en amoríos. Pero ella no los escuchaba, demasiado absorta en el trabajo de su destrucción: se destruía en sí para reconstruirse en el Otro, y tal era su labor de aguja, su bordado de sangre...

El estruendo brutal de algo que se derrumbaba en el escritorio lo arrancó violentamente de sus abstracciones. Adán oyó gritar a Irma la más redonda y enérgica de las obscenidades, cortada en su raíz por cierto alarido humano que se levantó de pronto en la habitación contigua:

—¡Mujer infernaaal!

Reconoció entonces la voz de Samuel Tesler y oyó en seguida los tres puñetazos que el filósofo daba en la pared medianera para exigirle testimonio y solidaridad contra los excesos de Irma. “La bacante ha despertado a Koriskos —observó Adán—; Koriskos tiene razón contra la bacante.” Respondió entonces con los tres puñetazos de ordenanza, y al punto la voz del filósofo, que había seguido maldiciendo, se replegó sobre sí misma, decayó como un viento, hasta morir en suaves y adormilados gruñidos. Atento aún al susurro del otro, Adán Buenosayres abandonó heroicamente sus colchones, fue a la ventana y, abriéndola toda, permitió que una luz torrencial invadiera su cuarto. Luego, fiel a una venerable costumbre de los poetas líricos, volvió a la cama y se dio a respirar el aire fuerte del otoño. Desde la calle Monte Egmont no subía ya el aroma de los paraísos, como en la bárbara primavera de Irma (y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, o quizá la besó), sino el aliento del otoño pesado de semillas y fragante de hojas muertas. Mejor era el olor de las rosas blancas, porque las rosas blancas le hablarían siempre de Solveig Amundsen. Aquella tarde vio cómo se inclinaba ella en la penumbra del invernáculo: había rosas blancas, y estaban como ebrios con el olor de las rosas, y ella también era una rosa blanca, una rosa de terciopelo mojado; y su voz debía de tener algún parentesco íntimo con el agua, pues era húmeda y de clarísimas resonancias, como la del aljibe, allá en Maipú, cuando la piedra caía y levantaba músicas recónditas. Estando solos él y ella en el vivero de las flores, aquel recinto los aproximaba como nunca; y ésa fue su gran oportunidad y su riesgo inevitable, porque Adán, junto a ella, sintió de pronto el nacimiento de una congoja que ya no lo abandonaría, como si en aquel instante de su mayor acercamiento se abriese ya entre ambos una distancia irremediable, a la manera de dos astros que al tocar el grado último de su cercanía tocan ya el primero de su separación. En aquella

luz de gruta que, lejos de roerlas, conseguía exaltar las formas hasta el prodigio, la de Solveig Amundsen había cobrado para él un relieve doloroso y una plenitud cuya visión lo hacía temblar de angustia, como si tanta gracia sostenida por tan débil soporte le revelase de pronto el riesgo de su fragilidad. Y otra vez habían empezado a redoblar en su alma los admonitorios tambores de la noche, y ante sus ojos alucinados vio cómo Solveig se marchitaba y caía entre las rosas blancas, mortales como ella.

Adán cerró los párpados: ¡cómo le dolían esos pobres ojos! Cuando abusaba uno de la noche pidiéndoselo todo a su reinado, la noche ardía como un aceite negro y devoraba los párpados que no conseguían juntarse. Luego, sobre los párpados doloridos, la luz del día quemaba como el alcohol. —¿Sería él, acaso, un espíritu nocturno, emparentado con aves maléficas, insectos de culo fosforescente y brujas que montaban en escobas mansitas?— No, porque su alma era diurna e hija del sol padre de la inteligibilidad. —Siéndolo así, ¿por qué vivía de la noche?— Frecuentaba la noche porque en su siglo el día era incitador y antorcha de una guerra sin laureles, violador del silencio y látigo contra la santa quietud; exterior como la piel, activo como la mano, sudoroso como las axilas, vocinglero y fecundo en embustes, de sexo varonil, joven héroe de tórax velludo. Se apartaba del día porque lo embarcaba en la tentación de la fortuna material, en el ansia de poseer objetos inútiles y en el deseo malsano de ser político, boxeador, cantante o pistolero. —¿Y la noche?— Incolora, inodora e insípida como el agua, la noche producía, sin embargo, una borra-chera igual a la de los buenos vinos; silenciófila, estimulaba empero el amanecer de las voces difíciles y los hondos llamados que sofoca el día bajo sus trombones; antípoda de la luz, ordenaba, con todo, la visibilidad de las estrellas; destructora de cárceles, favorecía la evasión; campo de tregua, facilitaba la unión y la reconciliación; hembra curativa, refrescante y estimulante, se ayuntaba con el hombre y concebía un hijo, el sueño, graciosa imagen de la muerte. Y, sin embargo, la noche pesaba dolorosamente cuando al fin quería uno dormirse y el sueño se le negaba. ¡Sus grandes ojos infantiles, abiertos allá, en la medianoche de Maipú, cuando el insomnio lo iniciaba tempranamente, ¡ay!, en los misterios de su vocación nocturna! ¡Y aquel “viaje al silencio”, a través de “la selva de los ruidos”, que había inventado él para dormirse y al que se lanzaba en las inquietas noches de su niñez! El oído del turista encontraba su primer obstáculo en el torear de los perros a la luna levante o a la luna poniente; más allá distinguía el bullir de las ovejas apretadas en el corral, o el mugido de alguna vaca insomne, o el rascarse del caballo nochero en el palenque; todavía más

lejos daba con la música de los bicharracos lacustres que hacían oír en el cañadón sus guitarritas de cristal o sus violines de agua; en un plano de mayor lejanía escuchaba el deslizamiento de algún tren remoto que perforaba la noche; después algo indefinible que podía ser una conversación de gallos lejanísimos (los gallos “telepáticos” de Lugones) o el rumor de la tierra que giraba sobre su eje; y al fin el silencio puro, el silencio medicinal que llenaba los oídos, se hacía canto y arrullaba; porque el silencio es principio y fin de toda música, tal como el blanco es principio y fin de todos los colores. ¡Y eso había sido su niñez! Allá quedó, en el bosque sonoro de Maipú: lobisones aullantes la seguían a través de los ruidos nocturnos, ¡oh, aventura! Y era una vez... Adán estaba en su camita, con el oído puesto sobre el mismo corazón de la noche; y de pronto se dijo que la tierra estallaría sin remedio antes de que se pudiese contar hasta diez. “¡Uno, dos, tres, cuatro —contaba él con los dientes apretados de angustia—; cinco, seis, siete —y contenía la respiración—; ocho, nueve, ¡nada!, nada por esta vez!” O su madre había muerto, y él, con su traje de domingo, lloraba junto al ataúd de madera negra, ¡ay!, de madera negra con manijas de bronce; y sería un llanto sin gestos el suyo, un llanto silencioso de hombrecito. Y habría en la estancia un fuerte olor de coronas fúnebres, de cera que arde y de pabilos carbonizados; y él, ¡pobre criatura!, daba el último adiós a su madre, por última vez la miraría dentro del ataúd, antes de que vinieran los soldados de ataúdes, ¡ay!, los hombres que sueldan cajas de plomo con soldados de acero. Y a su alrededor, envueltas en claras ropas, se moverían las grandes mujeres de la vecindad; y viejas de negros chalones le acariciaban el rostro con sus manos que olían a trapos antiguos, a ratón o a venerables papeles amarillentos. En el patio habría hombres de pie que dicen cosas de la muerte, y en el salón hombres sentados que dicen cosas de la vida, mientras el mate corre de mano en mano y suena la bombilla, ¡ay!, sonaba la bombilla de los tiempos alegres. Y estarían sus compañeros del tercer grado mirándole con estupor y curiosos de saber cómo era un chico a quien se le ha muerto la madre; y con ellos había venido María Esther Silvetti, su compañera de banco, y tal vez lo besaría en la frente puesto que ya eran novios y se mandaban cartitas. Pero él, ¡cuán alejado estaba de todo eso! Adán sólo miraría el rostro de su madre cubierto de un sudor frío que se enjuga con suaves pañuelos; las manos de su madre, las manos de acariciar, zurcir, peinar y hacer la corbata, las pobres y tristes manos infatigables. Y su llanto arreciaría sobre todo por esas manos, y Adán era el centro de todas las gratas voces compasivas... De pronto, volviendo a la realidad, oía desde su cama la lenta y armoniosa respiración de su madre; y comprendía en-

tonces que su drama no era real sino imaginado. Pero sus lágrimas corrían verdaderamente, y cien voces duras lo acusaban en la tiniebla: “¡Monstruo!”, “¡Ahí está ese chiquilín que se goza en imaginar la muerte de su madre!”, “¡Imagina la muerte de su madre para que todos lo compadezcan y admiren!”.

—¡No, no es verdad! —lloriqueaba él respondiendo a las voces. Y para combatir aquella visión de muerte que aún lo perseguía, recitaba su tema de Historia Nacional: “Una bala mató el caballo de San Martín, y un soldado español disponíase a clavarle su bayoneta...”. Pero todo era en vano, porque las escenas de muerte retornaban a su imaginación con una minuciosidad aterradora, y volvían los candeleros y las flores y los murmullos apagados. “¡Ah!” Su madre despertaba entonces, oyendo aquel grito de angustia. “Es Adán que tiene un mal sueño —decía ella—, será mejor que lo recuerde.”

Entre divertido y piadoso Adán Buenosayres evocaba esa niñez como si no fuera la suya sino la de un hermano ausente, o como si la hubiera leído hacía muchos años en el libro “Corazón”, junto a cristales azotados por el aguacero, mientras abuela Ursula cantaba:

*Viernes Santo, Viernes Santo,
día de grande Pasión,
cuando lo crucificaron
al Divino Redentor.*

Y sin embargo, ¡qué bien reconocía la suya en el alma de aquel niño doloroso! Ciertamente, más grato era evocar entonces la figura del abuelo Sebastián, enterrado no hacía mucho en el cementerio de Maipú. ¿Cómo se reconstruía la cara del abuelo Sebastián? Era necesario juntar los párpados con fuerza y pensar en él intensamente: al punto, dentro de la negrura interior, aparecían la barba lluviosa, los ojos redondos y lucientes como cabezas de tornillo y la encorvada nariz del abuelo Sebastián. Todo el mundo sabía en Maipú que el abuelo había llegado a Buenos Aires en un barco de vela, como don Juan de Garay; y nadie ignoraba que había sido contrabandista en el tiempo de Rozas. Adán lo dijo en clase, y, aunque los chicos no lo creyeron, don Aquiles aprovechó la coyuntura para enseñar que Rozas había sido “un déspota cruel” y que el contrabando es una cosa muy fea que se castiga en los códigos. ¿Cómo sería el abuelo en aquella época? ¿Usaba chiripá, botas de potro y facón de plata en la cintura, como se veía en los grabados de la Historia Nacional? Adán cerró los ojos, como en sus noches de Maipú, y lo evocó nuevamente bajo la parra familiar que gorriones ávidos asediaban: el abuelo tenía el jarro de loza entre

los muslos (porque le gustaba el vino negro), y su risa era un elogio de la mañana que se había venido desnuda. Entonces los relatos le brotaban a montones, y chicos y grandes pendían de su boca llena de palabras coloreadas y de refranes bárbaros. ¡Qué lindo era, entre todos, aquel episodio de la sangre! El abuelo Sebastián ha sido apresado por la Mazorca: heridos están sus hombres, incendiada su ballenera de contrabandista. Entre dos mazorqueros (escapados tal vez de la novela “Amalia”) el abuelo se dirige a la residencia del Ilustre Restaurador: el esbirro de su derecha tiene (¡Dios nos libre y guarde!) un barbijo patrio que le cruza la cara; el de la izquierda sonrío, pero su sonrisa vale tanto como el barbijo de su compañero. Sin embargo (y no es por alabarse), el abuelo está tranquilo como si dirigiese un cargamento de yerba paraguaya: es la hora de la siesta y en las calles de Buenos Aires no se ve ni un gato. Entran por fin en un zaguán fresco y sombrío como una gruta, y desembocan en cierto patio donde una mulata vestida de rojo pisa maíz encorvándose toda sobre su mortero (¡a lo mejor había mazamorra esa noche!). Y de repente, ahí no más, el abuelo se topa con el mismísimo don Juan Manuel que sentado en su catre de tijera toma un “amargo”, mientras observa fijamente sus chancletas bordadas, quizá, por Manuelita. Uno de los mazorqueros, el de la cara cortada, le dice algo pegándosele a la oreja; pero el Ilustre Restaurador no parece oírlo, tan ocupado está en sus cavilaciones; y cuando aparta sus ojos de las chancletas, es para clavarlos en las botas del abuelo Sebastián, por cuyas puntas asoman los dedos terrosos con fuertes uñas de ágata. —“¿Conque vos sos el vasco sinvergüenza que trae mercaderías del Paraguay?”, le dice al fin don Juan Manuel. —“Para servir a Dios y a la Santa Federación”, contesta el abuelo; y sus palabras caen en un silencio extraño, porque la negra ya no pisa maíz, tan embobada está en la contemplación de la escena. —“Vamos a ver, ¿cuántos salvajes unitarios pasaste a la otra Banda?” —“Yo no soy contrabandista de hombres, Ilustre Restaurador.” —“¡Hum!”, exclama Rozas. “A lo mejor me harás creer que sos un buen federal.” —“¡Soy un buen federal!”, responde el abuelo, y no miente. Don Juan Manuel sigue ahora el vuelo de un tábano que zumba y gira entre los racimos de la parra; la negra tiene ahora los ojos grandes como platos, y el hombre del barbijo estudia ya el cogote del abuelo como si eligiera el sitio conveniente para tocarle el violín. —“¿Y la divisa? Vamos a ver, ¿dónde está la divisa de los buenos federales?”, pregunta Rozas como chacoteando. Aquí el abuelo Sebastián se ríe, y su reír le sacude la barba como un golpe de viento. Sin afectación alguna entreabre su camisa y deja ver en su pecho desnudo las heridas que ganó en la refriega: la sangre corre bajo su tirador estrellado de onzas españolas, baña sus

muslos y le cae ahora en hilos sobre las botas de potro. ¡Ahí está la divisa! En silencio ha quedado el ilustre don Juan Manuel, porque la sangre al sol es a veces tan bella como la rosa más pura. Luego, dirigiéndose a sus hombres: —“Suéltelo no más”, les dice. Y agrega: —“¡Es un vasco lindo!”.

¡Oh, aventuras de ayer —pensó Adán—, caballos, aguas, vientos! ¡Caballos de sonante verija y de puro aliento vegetal, redoblando en los pagos de Maipú y en algún día que su niñez consagró a fabulosas empresas! ¿Qué hacer ahora? ¿Qué hacer ahora de sus manos inútiles? Tal vez los ocho vascos enormes, que se lo llevaron a pulso hasta el cementerio de Maipú, habían enterrado a la aventura junto con el abuelo Sebastián: era una mañana veraniega, y los ocho vascos, al llegar frente a la pulpería de Ugalde, habían dejado el ataúd en el suelo para tomarse una sangría de vino, agua y azúcar; Adán se había quedado afuera, y sus ojos infantiles iban del negro cajón abandonado en el polvo a una bandada de gorriones que se revolcaban en la misma tierra caliente. ¿A dónde se había ido el abuelo?, ¿a la estancia de aquel “don Cristo mentao” que describía el disco gaucho en el fonógrafo de la casa? Eso era, sin duda: el abuelo Sebastián había llegado a la estancia celeste, le habían permitido desensillar y había soltado su tordillo viejo en el campo de las estrellas.

Adán Buenosayres abandonó la pipa Eleonore que ya se le enfriaba entre los dedos, y contempló sus manos, dos cosas grises y muertas acabadas en cinco puntas grises y muertas. En aquel mismo día que adelantaba su paso vulgar de naranjero, ¡cuántos destinos posibles le ofrecían la tierra y el agua! Pero, ¿qué haría él con sus manos de cinco puntas? Un jugador tramposo, un tejedor de humos, ¡eso había sido él y eso era! Más habría valido jugarse todo, como el abuelo Sebastián, en la gran ilusión que afuera tejía cada hombre y que se llamaba “un destino”: buena o mala, sublime o ridícula, de cualquier modo habría sido un gesto leal, una postura honrada frente a lo Absoluto. Pero él, inmóvil como un dios que se ha cruzado de piernas y se hace espejo de sí mismo, había dado siempre en la locura poética de adjudicarse, desarrollar y sufrir “ad intra” sus destinos posibles, mediante cien Adanes fantasmagóricos que su imaginación hacía vivir, padecer, triunfar y morir. ¿Quería ser gobernante, artista de cinematógrafo, plutócrata o santo? Le bastaba con cerrar los ojos, y entonces un Adán sutil gustaba el sabor del poder, o se cubría de laureles, o amasaba el oro de la fortuna, o era enterrado con la palma del martirio.

Turbado ante la evocación de sus destinos mentales (¡y, ciertamente, algunas de aquellas ficciones lo habrían hecho sudar de vergüenza o ridículo si las hubiese reconsiderado ahora bajo la cuerda luz de la

mañana!), Adán volvió a contemplar sus manos grises y muertas. Pensó entonces que desde hacía tiempo su existencia venía limitándose a una machacona recapitulación de lo vivido, como si al encontrar desierto su presente y negado su porvenir ya trabajara el alma en ese balance de vida que según dicen precede a la defunción o a la metamorfosis. Y en aquel punto sintió la urgencia de interrogarse a fondo, para saber al menos lo que se jugaría en su presunta muerte o transformación. ¡Bien hubiera querido tener a mano un interlocutor tan ilustre como el de Boecio! ¡O siquiera el bicharraco de Poe, si hubiese consentido en instalarse a los pies de su lecho! A falta del uno y del otro, Adán resolvió dialogar consigo mismo, y su pregunta inicial fue la siguiente: ¿Quién era él, esa entidad absurda, ese nebuloso fumador, ese objeto encerrado en un cubo de ladrillos, en una casa de la calle Monte Egmont, en la ciudad de Buenos Aires, a las ocho de la mañana del 28 de abril de un año cualquiera? Desde luego —se respondió—, era “el hombre”, la enigmática bestia razonante, la difícil combinación de un cuerpo mortal y un alma imperecedera, el monstruo dual cuya torpeza de gestos hace llorar a los ángeles y reír a los demonios, la criatura inverosímil de que se arrepintiera su mismo Creador. ¿Qué razones había sugerido Adán Buenosayres para justificar la invención del monstruo humano? El Creador necesitaba manifestar todas las criaturas posibles; el orden ontológico de sus posibilidades le exigía un eslabón entre el ángel y la bestia; y eso era el monstruo humano, algo menos que un ángel, algo más que un bruto. ¿Qué hizo Adán una vez emitida tan sabia hipótesis? Como de costumbre se admiró largamente a sí mismo, agradeció “ad intra” la ovación delirante de un público invisible y consideró luego las características de su naturaleza corporal. ¿Qué observaciones hizo acerca de su cuerpo? Observó que su parte animal tenía la noble estructura de los vertebrados, y recordó luego, no sin vanidad, que ocupaba entre los vertebrados la revidable jerarquía de los mamíferos; pero cuando llegó a clasificarse entre los mamíferos bimanos, su dignidad zoológica le hizo concebir el más legítimo de los orgullos. ¿Qué otra satisfacción le trajo el estudio de su naturaleza corporal? Se dijo que aquel cuerpo suyo, alargado entre dos sábanas poco limpias, era el antiguo y venerable Microcosmo, abreviatura y centro de todo el mundo visible, resumen de los tres reinos y poseedor de sus tres almas, el alma elementativa de los minerales, el alma vegetativa de las plantas y el alma sensitiva de los brutos; devorador y asimilador de todas las naturalezas corporales inferiores (¡el gran Omnívoro!); vinculado al Macrocosmo por analogía y correspondencia, de modo tal que su corazón se asimilase al Sol, su cráneo a la Luna, su hígado a Júpiter, su bazo a

Saturno, sus riñones a Marte, sus testículos a Venus y su pene a Mercurio. ¿Cómo reaccionó él al considerar las vastas proyecciones de su cuerpo? Su reacción fue melancólica, pues lo vio sujeto a dos condiciones limitativas, el espacio y el tiempo, que desde ya lo condenaban al error y fatiga de los movimientos locales, al devenir y a la muerte; luego evocó sus terrores infantiles acerca del tiempo y el espacio. ¿Cómo se le había insinuado el terror Tiempo? Allá, en Maipú, había concebido el Tiempo como un arroyo que corría sobre la casa: un arroyo invisible cuyas aguas traían a los recién nacidos y se llevaban a los muertos, hacían mover las ruedas de los relojes, descascaraban las paredes y roían los semblantes que uno amaba. ¿Y el terror Espacio? Lo había sufrido cuando el pedagógico don Aquiles enseñaba en clase los millones de años que tardaría una locomotora en llegar a la estrella Sirio; o bien en sus noches de la llanura, mirando las apretadas constelaciones australes, cuando presa del vértigo se abrazaba él a su caballo inmóvil, para sentir junto a su miedosa carne algo viviente, próximo y amical. ¿Cómo había conseguido salvarse de ambos terrores? Los había superado en su alma, que no era espacial ni temporal; por la virtud de su alma, que sabía librar a la rosa del dolor tiempo y el dolor espacio sustrayendo su forma inteligible de su carne sensible y regalándole la vida sin azar de los números abstractos; gracias a su alma, que al aprehender los sistemas astronómicos de don Aquiles los dominaba y hacía girar en su interior como planetarios de juguete; merced a su alma, devoradora y asimiladora de todo el mundo inteligible, Microcosmo también ella, o cielo a donde se venía el descarnado espíritu de las cosas. ¿Qué otros aspectos de su alma consideró Adán en este punto? Su inmortalidad, su origen divino, su naturaleza caída. ¿En qué intuiciones personales había conocido la inmortalidad de su alma? En la seguridad absoluta que sobre su permanencia tiene el alma y que sabe comunicar al “fratre corpo” haciéndole concebir funestas ilusiones; en su incredulidad, extrañeza o repugnancia de la muerte como total aniquilamiento, sentir común a todos los hombres. ¿Por qué señales había llegado a entender el origen divino de su alma? Por su tendencia irresistible a la unidad, aunque vivía en el mundo de la multiplicidad; por su noción de una dicha necesaria y sólo dable en un Otro absoluto, inmóvil, invisible y eterno, aunque vivía ella en lo relativo, cambiante, visible y mortal; por su vocación de todas las excelencias (Verdad, Bondad, Hermosura) que son atributos divinos y a los que el alma tiende como a su atmósfera natural o a su patria de origen. ¿Cómo había reconocido poseer una naturaleza caída? Por negación, advirtiendo los extravíos de su inteligencia, los olvidos de su memoria y los desmayos de su voluntad; por afirmación, observando

en el ejercicio de sus tres potencias algunas iluminaciones y arranques indefinibles que consideraba él como vestigios de una nobleza original perdida. ¿Hizo él, según su costumbre, algún símil poético de tan molesta dualidad? No necesitó inventar símil alguno, pues le salió al encuentro el inimitable de Platón. Su alma era semejante a un carro alado del cual tiraban dos potros diferentes: uno, color de cielo, crines abrojadadas de estrellas y finos cascos voladores, tendía siempre hacia lo alto, hacia las praderas celestes que lo vieron nacer; el otro, color de tierra, sancochado de boca, empacador, lunanco, barrigón, orejado, vencido de manos, jeta caída y rodador, tiraba siempre hacia lo bajo, ansioso de empantanarse hasta la verija. Y Adán, ¡pobre carrero!, tenía las riendas de uno y otro caballo y forcejeaba por mantenerlos en la ruta: cuando triunfaba el potro maldito arrastrando en su caída todo el atelaje del alma, junto al carro humillado el animal de cielo parecía dormirse; pero cuando vencía el potro celeste, sus remos braceaban una luz maravillosa y sus narices parecían ventear el olor de los alfalfares divinos: entonces el carro volaba, y también ascendía el caballo de tierra como un peso muerto. Se remontaba el animal celeste, hasta que sentía enrarecido el aire, flaqueaba de tendones y se dormía borracho de alturas; entonces despertaba el animal terrestre y hallando a su parejero dormido se dejaba caer a fondo, con un hambre voraz de materias impuras; cuando a su vez el animal de tierra se dormía en su hartazgo, el animal de cielo despertaba, dueño del carro ahora. Así, entre uno y otro caballo, entre el cielo y el suelo, tirando aquí una rienda y aflojando allá otra, el alma de Adán subía o se derrumbaba. Y al fin de cada viaje Adán enjugaba en su frente un agrio sudor de carrero. ¿Qué hizo él tras el análisis de su cuerpo y de su alma? Volvió a estudiarse ahora en tanto que “compositum”; y al reconocer que no había nacido, ciertamente, por voluntad propia, acudió a la genealogía para entender su advenimiento al triste mundo que habitamos. ¿Qué precisiones genealógicas hizo entonces? Dos ramas diferentes al unirse habían contraído, sin saberlo, la responsabilidad infinita de introducirlo a él en este plano de la existencia. Rama paterna: El, su padre, nacido junto al Plata, hijo a su vez de abuelo Charles y abuela María, oriundos ambos de Lutecia, ciudad de frente despejada. Gajo materno: Ella, su madre, nacida junto al Plata, hija de abuelo Sebastián y abuela Ursula, naturales ambos de la cantábrica tierra, junto al mar infecundo. ¿A qué motivos atribuyó Adán el hecho curioso de que dos ramas tan diferentes abandonasen la Europa nativa para unirse junto al Río-que-lleva-nombre-de-metal? Sus causas visibles fueron: ideas republicanas de abuelo Charles, desterrado por Luis Felipe, rey de los franceses; naturaleza migratoria de abuelo Sebastián, inco-

rregible navegante. Sus causas inteligibles eran, según el astrólogo Schultze, los ángeles neocriollos, propagandistas de la emigración e invisibles tentadores de hombres, que recorrían el mundo y arengaban a toda nación, para reclutar voluntarios y conducirlos a las cóncavas naves: dichos mensajeros avanzaban delante de los navíos: con un ala cubrían y amparaban la débil quilla, con la otra rechazaban los vientos y deshacían las nubes, a fin de que los reclutas llegaran sin dolor y se cumpliera el alto destino de la tierra Que-de-un-puro-metal-saca-su-nombre. ¿Y no se avergonzó Adán al suponer que ángeles con escarpelas azules y blancas podían ser testigos de su escandalosa inercia? No se avergonzó en modo alguno, porque al ubicarse ahora en el espacio recordó que su posición era terriblemente movida, ya que se encontraba en el número 303 de la calle Monte Egmont, ciudad de Buenos Aires, Argentina, Hispanoamérica, hemisferio sur, globo terrestre, sistema planetario solar, Macrocosmo, y por lo tanto sometido al movimiento incesante, a la vertiginosa danza helizoidal que resultaba del triple movimiento de la Tierra, el de su rotación sobre sí misma, el de su traslación en torno del Sol y el de su fuga con todo el sistema planetario hacia la constelación de Hércules y a una velocidad de mil ciento setenta quilómetros por minuto. ¿Qué hizo él al sentirse viajero cósmico y danzarán estelar?

Adán Buenosayres se puso a estudiar con simpatía los objetos que le acompañaban en el viaje. Inclinado el busto hacia el suelo, miró debajo de su cama y vio la siguiente naturaleza muerta: un orinal de loza, con florecitas pintadas en fondo verde cebollín; a la izquierda del orinal, sus deshilachadas pantuflas de baño; a la derecha y dormidos en yunta, sus zapatos viejos y unánimes, sometidos a la forma dictatorial del pie adánico, sucios de materiales groseros, cómicos porque destacaban la animalidad del hombre en la ridiculez de sus extremidades, líricos porque se referían al hombre como viajero y a la belleza de las traslaciones terrestres, dramáticos porque revelaban el azar y la penuria de los movimientos humanos. Irguiendo el torso nuevamente, Adán repasó la granada y la rosa, las pipas fraternales, los libros en sus anaqueles. Detuvo luego su mirada en el Cristo de Lezo crucificado entre el sol y la luna, estampa familiar que había traído de Pamplona su abuela Ursula y que había heredado él como nieto mayor. Sus ojos se detuvieron al fin en una fotografía de “El Trono de Venus”, sujeta por cuatro chinches a la pared: la diosa nacía del mar, dos grandes mujeres la sujetaban por las axilas, el cabello goteante le caía sobre los hombros y sus pechos se levantaban ariscos o se sacudían como dos gaviotas mojadas. Y besar aquellos pechos debía de ser como besar una cara llorosa. ¡Cuánto se asemejaba esa divinidad a la Sol-

veig adolescente cuyo retrato había visto él en la gran sala de Saavedra! Tenía sólo catorce años, la pollera corta y el pelo en tirabuzones verticales: acaso llegaba de la escuela con poliedros de cartulina en las manos, el tetraedro rojo como el fuego, el octaedro celeste como el aire, el icosaedro claro como el agua y el cubo negro como la tierra; o tal vez recitaba en clase, frente al mapa de colores: “la República Argentina limita al norte con Bolivia, Paraguay y Brasil”. ¡No haberla conocido antes, desde su primer aliento! Adán se dijo que tenía derecho a tan poética usura, porque nadie la había mirado, como él, desnuda en su realidad y exaltada en su misterio. Y, ciertamente, le llevaría su Cuaderno de Tapas Azules...

Se abrió la puerta. Irma entró como un vendaval haciendo equilibrios con la bandeja del desayuno. La tiró sobre la mesa, buscó los ojos de Adán; y viendo que se le negaban, exclamó retozona: “¡Qué cara de viernes!”. Dio un portazo al salir: su risa cascabeleó afuera. Y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas.